

EL EVANGELIO SEGÚN JUDAS

Farsa ecuménica en tres actos

de

Víctor Vegas © 2003

Web del autor: <http://victorvegas.com/>

Obra para 2 actores
(cada actor interpreta 2 personajes)

Copyright © 2003

ADVERTENCIA:

Los derechos de esta obra están protegidos por las leyes de propiedad intelectual en todo el mundo. Todos los derechos para su puesta en escena en teatro, radio, cine, televisión o lectura pública están reservados tanto para compañías profesionales como aficionadas. Los derechos y permisos deben obtenerse a través de:

SGAE / Sociedad General de Autores y Editores
Departamento de Dramáticos
c/Fernando VI, 4. (28004). Madrid, España.
Tel: (+34-91) 3499550
Fax: (+34-91) 3102120
Web: <http://www.sgae.es/>
E-mail: palvarezl@sgae.es
E-mail: vsvegas@gmail.com

R20-0113

Octubre, 2003

No una cosa, todas las cosas que la tradición atribuye a Judas Iscariote son falsas.

De Quincey

PERSONAJES

ENRIQUE

MANUEL

JESÚS

JUDAS

Los personajes de ENRIQUE y JESÚS deben ser interpretados por un mismo actor, al igual que los de MANUEL y JUDAS, ya que forma parte de la estructura y el universo discursivo de la obra.

ESCENARIO

Las acciones tienen lugar en dos ambientes.

El primer y tercer acto se desarrollan en el salón de un apartamento de clase media acomodada; el segundo acto, en el descampado de un bosque a media noche.

ACTO PRIMERO: Noche previa al estreno de la pieza El evangelio según Judas.

ACTO SEGUNDO: Representación de El evangelio según Judas.

ACTO TERCERO: Mañana siguiente al estreno de El evangelio según Judas.

Salón de apartamento:

Decorado sobrio, elegante, con estilo que pudiera remitirnos al minimalismo sin inscribirse resueltamente en él. Paredes blancas. Sofá y puf en piel gris claro. Mesitas. Iluminación cálida. Unas pocas esculturas y cuadros de corte moderno, abstractos, vanguardistas.

Hacia el lateral derecho, bar con pequeña barra y butacas.

En el fondo, una ventana panorámica que deja colarse al salón las provocadoras luces de la ciudad.

Descampado de bosque:

Paraje solitario.

A media noche.

Sólo iluminado por la luz que refleja la luna.

Enorme roca hacia el lateral izquierdo donde se sentará o apoyará Jesús.

ACTO PRIMERO

Noche previa al estreno de *El evangelio según Judas*.

Apartamento de clase media acomodada.

Enrique entra arrastrando una enorme y vieja maleta, maniobrando a su vez, trabajosamente, con dos bolsos de viajero que le cuelgan de los hombros.

Viste de punta en blanco; impecable y a la moda.

Manuel permanece de pie en el umbral de la puerta de entrada. Viste de manera austera y descuidada. Desde allí no le quita la vista de encima a Enrique.

ENRIQUE: ¡Adelante, adelante! ¡Pasa!

Cuando llega al centro de la escena, se detiene y trata, sin conseguirlo, que la maleta se mantenga en pie por sí sola. Finalmente se rinde y la deja caer junto con los dos bolsos.

ENRIQUE: ¡Bienvenido a mi apartamento!

*Manuel por fin entra en el apartamento.
Luce algo indeciso y cauteloso.*

ENRIQUE: ¿Qué te parece? ¡Espectacular! ¿No es verdad?

*Manuel se desplaza por el salón.
Mira sin mirar.
Silencio.*

ENRIQUE: ¿Y? ¡Dime algo!

MANUEL: No está mal.

ENRIQUE: Cómo que (*Imitándolo*): "No está mal". ¿Eso es todo? Me he gastado casi diez años de mi vida para que luzca como lo ves ahora.

MANUEL: (*Irónico*.) No está mal para diez años de tu vida.

*Enrique disimula su incomodidad con la actitud de Manuel batallando otra vez con los bolsos y la vieja maleta, buscando con la mirada un lugar apropiado donde dejarlos.
Largo silencio.*

MANUEL: Por cierto, en el trayecto del aeropuerto hacia acá te hice una misma pregunta en dos ocasiones y todavía no me has dado respuesta.

ENRIQUE: ¿Ah, sí? ¿Cuál? Porque durante el trayecto tú permaneciste muy silencioso. Era yo el que traía un monólogo montado con mis cosas.

MANUEL: ¿Cómo fue que diste conmigo?

ENRIQUE: ¡Ah! Eso... Por si no lo sabías, aún nos quedan conocidos en común.

MANUEL: "Conocidos en común".

ENRIQUE: Así es. *(Por fin se resigna y deja la maleta y los bolsos donde habían quedado al entrar.)* ¿Te acuerdas de Octavio? ¿Aquel chico con full granos en la cara que siempre andaba detrás de mí acosándome para que le hiciera una prueba de actuación y le permitiera pertenecer a nuestro grupo de teatro?

MANUEL: Claro.

ENRIQUE: Pues fue a través de él que conseguí tu teléfono.

MANUEL: Ya.

ENRIQUE: Ahora está casado con una de mis primas.

MANUEL: ¿En serio?

ENRIQUE: Sí. Le pedí el favor y en menos de dos semanas ya había dado con tu número telefónico. ¡¿Qué tal...?! Eficiente, ¿no?

MANUEL: No está mal.

ENRIQUE: A propósito: ¿sabes a qué se dedica actualmente?

MANUEL: No.

ENRIQUE: Es corredor de seguros. Y por lo que me contó, le va bastante bien.

MANUEL: Ya.

ENRIQUE: Y para que a alguien le vaya bien en ese negocio, tiene que moverse, saber cómo entrarle a la gente, tener mucha labia...

MANUEL: Sí, eso tengo entendido.

ENRIQUE: Eso quiere decir que, a fin de cuentas, desde un principio, Octavio tenía talento para enfrentarse a la gente... Que sabía cómo llegarle al gran público...

MANUEL: Supongo.

ENRIQUE: Y yo que me negué rotundamente a que entrara en nuestro grupo. Tú sabes... Por los granos... No era muy estético que digamos... Pero tal vez me equivoqué...

MANUEL: Ya lo creo.

ENRIQUE: Además, parecía tan tímido, tan reservado, ¿recuerdas?

MANUEL: Ajá.

ENRIQUE: Si hasta me sorprendió cuando empezó con todo aquel acoso para que le permitiera ser parte del grupo, insistiéndome una y otra vez que le hiciera una prueba... ¡En fin!

MANUEL: La gente acaba sorprendiéndonos el día menos esperado.

ENRIQUE: ¡Cierto! Así es. Si no hubiera sido tan testarudo y hubiera sido más flexible con él, no sé, al menos haber accedido a hacerle la prueba de actuación que me pedía, es posible que Octavio nos hubiera sido de gran utilidad, ¿no crees?

MANUEL: Tal vez.

ENRIQUE: ¡Pero qué más da! Eso ya nunca lo sabremos. ¿Qué sentido tiene hablar de estas cosas ahora, más de veinte años después? No podemos cambiar el pasado, ¿verdad?

MANUEL: No, no podemos.

Silencio.

ENRIQUE: ¡Bueno! ¿Qué te ofrezco? ¿Cerveza, ron, whisky o vodka?

MANUEL: Creo que una vodka estaría bien.

ENRIQUE: ¡Excelente elección! También yo me serviré una. *(Camina hacia el pequeño bar.)* Tal parece que ambos hemos mejorado nuestros gustos, ¿no? *(Irónico, mirando de pies a cabeza a Manuel.)* Al menos en lo que a bebidas alcohólicas se refiere, claro. *(Enrique prepara los tragos. Breve pausa.)* Recuerdo que cuando nos conocimos, por obligación, desde luego, ambos éramos fanáticos del anís. Sólo cuando las cosas nos iban un poco mejor, o alguien nos invitaba, nos decidíamos a beber otra cosa. Ron, por ejemplo.

MANUEL: Así solía ser por aquellos años.

Manuel se mueve otra vez por el salón y observa con más detalle su decoración. Al llegar a la ventana panorámica, se detiene. Mira con dilección las luces de la ciudad. Silencio.

ENRIQUE: ¿Soda o tónica?

MANUEL: ¿Cómo piensas beberla tú?

ENRIQUE: Con tónica, naturalmente.

MANUEL: Entonces que sea con tónica.

ENRIQUE: ¿Cáscaras de limón?

MANUEL: Por favor.

Enrique termina de preparar los tragos. Camina hacia Manuel con los vasos en las manos. Le entrega uno a Manuel y propone un brindis.

ENRIQUE: ¡Por el teatro y la literatura!

Levanta su vaso.

MANUEL: Sí, por esas dos mierdas...

Enrique y Manuel chocan los vasos.

Beben.

*Enrique mira alternativamente la maleta, los bolsos y la cara de Manuel.
Silencio incómodo.*

ENRIQUE: ¿Y por qué tanto equipaje, eh?

MANUEL: Después del estreno de la obra pienso quedarme unos días en la ciudad... *(A la defensiva, después de ver la expresión de asombro en la cara de Enrique.)* Pero no te preocupes, Enrique, que no va a ser aquí en tu casa. Mañana mismo buscaré algún hotelito o una pensión por los lados del centro.

ENRIQUE: *(Conciliador.)* Pero, hombre, no faltaba más... Te puedes quedar aquí el tiempo que desees. No tengo ningún problema. Mi casa es tu casa. En cuanto a mi cara de asombro, que creo que te ha puesto un poco a la defensiva, es porque cuando te invité al estreno de la obra, tú dijiste que detestabas esta ciudad. Fui yo el que tuvo que insistir para que por fin te decidieras a venir. ¿Recuerdas? *(Breve pausa.)* El apartamento es pequeño, sin embargo, pienso que los dos podríamos acomodarnos bastante bien por unos días.

MANUEL: No quiero molestar.

ENRIQUE: No es molestia, Manuel. Tú eres mi invitado, mi amigo... Para eso estamos los amigos, ¿no? Además, será una buena oportunidad para recordar los viejos tiempos, ¿no te parece?

MANUEL: "Los viejos tiempos".

ENRIQUE: *(Nostálgico.)* Sí, cuando ambos empezábamos en todo esto... Tú en la literatura y yo en el teatro. ¿Te acuerdas? A poco de conocernos te invité a que te unieras a mi grupo y entonces empezamos a trabajar juntos. A escribir o adaptar los textos de las piezas que nos gustaban y que luego representaríamos. De ese modo vinieron nuestros primeros éxitos. Primero de público y después de la crítica especializada de la región... Aquellos melosos halagos de la prensa. ¿Recuerdas? *(Voz de locutor)* "Dos jóvenes promesas rescatan el teatro de cámara en la ciudad". "La teatralidad regresa de la mano de un excelente dúo". "El teatro resucita en la ciudad:

dos es mejor que nada". "Un par de *clown* que se toma en serio el teatro de cámara". ¿Recuerdas? A estas alturas, ninguno de los integrantes del grupo tocábamos suelo mientras caminábamos... ¡Qué tiempos aquellos! (*Breve pausa.*) Jurábamos que ése era nuestro gran momento, que sería imposible estar mejor... (*A Manuel, a manera de reproche.*) ¡Hasta que tú lo jodiste todo!

MANUEL: (*Sorprendido.*) ¡¿Yo?! ¡¿Que yo qué?!

ENRIQUE: (*Acusador.*) ¡Tú! ¡Sí! ¡Tú! No pongas esa cara. Tú lo jodiste todo, Manuel.

MANUEL: No lo puedo creer. Ahora resulta que el culpable de que nuestro grupo de teatro se haya ido a la mierda soy yo.

ENRIQUE: ¿Quién más?

MANUEL: Permíteme recordarte que fuiste tú el que por aquellos días empezó a soñar con toda esa mierda de ser guionista de televisión y dedicarte a las telenovelas. Y un buen día empacaste tus maletas y te viniste a probar suerte a esta puta ciudad. ¿Acaso se te olvida esta parte de la historia?

ENRIQUE: Es verdad. No te lo niego. Me vine y dejé al resto del grupo colgando... Pero ya antes de eso tú nos habías dado la puñalada trapera y nos habías abandonado...

MANUEL: Pero ¿qué dices?

ENRIQUE: Cuando te publicaron aquel librito de relatos. ¿O lo has olvidado? Y tras unos pocos comentarios laudatorios, fáciles y dulzones, que aparecieron en las páginas culturales de los diarios, firmadas por dos o tres célebres desconocidos de la crítica literaria de la región, te creíste una especie de Hemingway caribeño y nos mandaste a mí, al grupo y al teatro al gran carajo.

MANUEL: ¡No, no, no, no! No fue así, Enrique. Creo que estás confundiendo las cosas, que entremezclas fechas... ¡A tu conveniencia, claro está!

ENRIQUE: (*Sarcástico.*) Sí, desde luego.

MANUEL: No fue exactamente como lo cuentas. Lo de mi libro fue posterior... Después de que tú te marcharas sin dar explicaciones y nos dejaras a mí y al resto del grupo colgando, contemplando el enorme y desolado horizonte...

ENRIQUE: Te equivocas.

MANUEL: Ni siquiera asististe al bautizo de mi primer libro. ¿Qué mejor prueba que ésta para confirmar que fuiste tú quien le dio la primera patada a la mesa y luego echó todo por la borda?

ENRIQUE: No asistí al bautizo de tu libro porque tú no tuviste el detalle de invitarme.

MANUEL: (*Irónico.*) ¡Ah, claro! Se me había olvidado que tú siempre representas el papel de víctima y me endosas a mí el de victimario.

ENRIQUE: Coño, Manuel. Por una jodida vez en tu vida: ¡asume tus responsabilidades!

MANUEL: Yo no pago cuentas ajenas, querido amigo, y ésa, el rompimiento del grupo de teatro que formamos a mediados de los ochenta, te aseguro, no es una cuenta que yo deba pagar.

ENRIQUE: No lo puedo creer.

MANUEL: Fuiste tú el verdadero culpable de ese rompimiento. Fuiste tú el que nos abandonó. Fuiste tú el que nos traicionó y clavó una puñalada por la espalda. ¡Reconócelo!

ENRIQUE: ¡Coño de la madre!

*Vacía de un solo trago su vaso.
Pausa.*

MANUEL: Y ahora, de improvviso, veinte años después, te apareces de nuevo en mi vida con tu cara bien lavada, como si nada. Antes apenas si sabía de ti por boca de unos pocos amigos o de la prensa. Ahora, de repente, de la noche a la mañana, me das una telefonada y me hablas de lo que será tu próxima puesta en escena, tu regreso tan esperado a las tablas... (*Imitando la voz y los gestos de Enrique hablado por teléfono.*): "Tenía muchos

deseos de volver a hacer teatro, Manuel. No te imaginas cuánto. El ritmo de trabajo que te impone la televisión es inclemente, agotador. La televisión es como una amante posesiva e insaciable. No te deja espacio para nada más. ¡Pero qué te cuento! Si a ti nunca te ha gustado la tele, ¿verdad? Sin embargo, siempre se vuelve a los orígenes y yo he decidido regresar al teatro. Y para mi retorno, he seleccionado uno de tus cuentos para adaptarlo a las tablas". (*Voz normal.*): "¡Ah, ¿sí?! ¿Cuál de ellos?", pregunté yo ilusionado y a la vez halagado por el gesto, borrando de un plumazo la rabia y la humillación que sentía, a las que me habían condenado tus largos años de abandono y, sobre todo, porque creía, absurdamente, ingenuamente, estúpidamente, que volveríamos a trabajar juntos. (*Vuelve a imitar la voz y los gestos de Enrique.*) "Aquel hiperbreve, chico, pero muy bueno, de tu primer libro: 'El evangelio según Judas'". (*Voz normal.*) Y yo dije para mis adentros, ¿por qué coño escogió "El evangelio según Judas"? Eso ya no tiene nada que ver conmigo, con lo que me interesa, con lo que estoy haciendo en estos momentos... ¡Pero no importa! Todo sea por el placer de trabajar juntos otra vez. (*Furibundo.*) ¡Qué ingenuidad la mía! ¡Qué idiota! ¡Qué imbécil! ¡Qué güevón! Ahí mismo me soltaste (*Imitando la voz y los gestos de Enrique.*): "El estreno será dentro de dos semanas y me gustaría que estuvieras allí conmigo, amigo. ¡Cómo en los viejos tiempos! Por los gastos de viajes no te preocupes, yo me encargo de todo: los boletos de avión, los taxis, tu comida y, para más señas, te alojo en mi apartamento. ¿Qué me dices?" (*Voz normal, hacia Enrique.*) Ahora que te tengo enfrente te digo que eres una plasta, un grandísimo hijo de puta.

Durante el monólogo de Manuel, el rostro de Enrique habrá pasado por múltiples metamorfosis: efusiones, sorpresa, alegría, satisfacción. Sobre todo esta última, satisfacción.

ENRIQUE: (*Nauseabundantemente falso.*) No fue mi intención herirte de esa manera, Manuel. De veras. Te pido mil disculpas por mi torpeza y falta de tacto.

MANUEL: (*Irónico.*) Sí, por supuesto.

ENRIQUE: ¿Te estoy hablando en serio!

Silencio.

MANUEL: ¿Sabías que puedo demandarte por esto?

ENRIQUE: ¿Perdón?

MANUEL: Como lo oyes, *amigo*.

ENRIQUE: ¿Qué quieres decir? ¿A qué te refieres exactamente?

MANUEL: (*Sabiéndose poseedor del control.*) A que te puedo demandar por vulnerar mis derechos de autor.

ENRIQUE: No te entiendo.

MANUEL: Es simple: adaptaste una de mis obras sin mi consentimiento.

ENRIQUE: ¡Un momento! ¡Un momento! Eso no es verdad, Manuel. Estás muy equivocado.

MANUEL: ¿Tú crees?

ENRIQUE: ¿Y entonces a qué se debe que estés hoy aquí? ¿Por qué crees que me he tomado el cuidado de invitarte para el estreno? Y si no te lo consulté antes era porque yo... (*Gestos de ir resolviendo las cosas en el trayecto.*) Yo... Yo sólo quería que todo esto fuera como... como... ¡Como una especie de sorpresa para ti! ¡Sí! ¡Sí! ¡Exacto! Una gran sorpresa: nuestro reencuentro de la mano de la literatura y el teatro. ¿Qué te parece? ¿Qué más podíamos pedir!

MANUEL: (*Irónico.*) Claro, claro.

ENRIQUE: Por esa razón no te lo consulté con anterioridad. Además, para serte sincero: me costó un pelo encontrarte, mi pana. (*Breve pausa.*) Y si lo que te preocupa son los ingresos por la taquilla, *don't worry, my friend!* Naturalmente tendrás lo que te corresponde.

MANUEL: Viendo como vives, creo que sacaría mayor provecho consiguiéndome a un buen abogado, a un especialista en derechos de autor.

ENRIQUE: (*Risita nerviosa.*) ¡Qué ocurrencias! Déjate ya de bromitas pesadas, Manuel, y vente conmigo que quiero mostrarte el resto del apartamento.

Coge a Manuel por un brazo y hace gestos de salir, pero Manuel se suelta, lo rechaza, definitivo.

MANUEL: Enrique, ¿no lo has entendido?

ENRIQUE: ¿A qué te refieres?

MANUEL: No se trata de ninguna broma pesada, querido amigo. (*De uno de los bolsillos de su chaqueta, saca un pequeño libro de tapas blancas.*) Durante estas últimas dos semanas, me he dado a la tarea de echarle una hojeadita al *Reglamento de La Ley sobre el Derecho de Autor*, publicado en Gaceta Oficial N° 5.155, de fecha del 9 de septiembre de 1997...

ENRIQUE: ¿Ah, sí?

MANUEL: (*En lo suyo.*) Y de acuerdo a un par de artículos que he encontrado allí, tal parece que tu osadía podría considerarse de gravedad.

ENRIQUE: No, no es posible.

MANUEL: Por tanto, de ninguna manera deberías de tomarte mis palabras a la ligera, como si se tratara de una simple broma, *amigo*.

ENRIQUE: Entonces ¿vas en serio?

MANUEL: Muy en serio. (*Busca en el librito y lee.*) ¡Aja! ¡Aquí está! Artículo 18. (*Irónico.*) Abro comillas: "Corresponde exclusivamente al autor la facultad de resolver sobre la divulgación total o parcial de la obra y, en su caso, acerca del modo de hacer dicha divulgación, de manera que nadie puede dar a conocer sin el consentimiento de su autor el contenido esencial o la descripción de la obra". Cierro comillas.

ENRIQUE: Muy ilustrativo y didáctico.

MANUEL: Ah, pero eso no es todo. (*Busca en el librito y lee.*) Artículo 19. Abro comillas: "En caso de que una determinada obra sea publicada o divulgada por persona distinta a su autor, éste tiene el derecho de ser reconocido como tal, determinando que la obra lleve las indicaciones correspondientes". Cierro comillas.

ENRIQUE: Interesante.

MANUEL: Pero ahí no acaba todo. (*Busca en el librito y lee.*) Artículo 21. Nuevamente abro comillas: "El autor tiene el derecho exclusivo de hacer o autorizar las traducciones, así como las adaptaciones, arreglos y otras transformaciones de su obra". Cierro comillas.

ENRIQUE: ¿Hay más?

MANUEL: Por supuesto que hay más, pero para qué cansarte con otras lecturas. Ni tú ni yo somos leguleyos, ¿no es verdad? Sin embargo, creo que con lo poco que te he leído bastará para que comprendas que no se trata de ninguna bromita pesada, *amigo*.

Manuel vuelve a guardar el librito.

Pausa.

ENRIQUE: ¿Qué es lo que quieres?

MANUEL: ¿Todavía no te haces una idea?

ENRIQUE: No.

MANUEL: Quiero que suspendas el estreno.

ENRIQUE: ¡¿Perdón?!

MANUEL: Suspende el estreno de tu adaptación y solicita las autorizaciones de mi obra como es debido.

ENRIQUE: Pero eso es imposible.

MANUEL: ¿Por qué?

ENRIQUE: Porque a estas alturas hay un montón de compromisos con terceros, contratos firmados, anuncios en los medios, invitados... Mucha gente

involucrada y mucho dinero invertido... Sin hablar del daño que esto causaría a mi reputación y prestigio...

MANUEL: Eso debiste haberlo pensado antes.

ENRIQUE: ¿No te parece que estás yendo demasiado lejos, Manuel?

MANUEL: Para nada.

ENRIQUE: Yo creo que la situación no amerita...

MANUEL: Sólo estoy tratando de cuidar mis intereses.

ENRIQUE: ¿Qué quieres? Dime, por favor, qué es lo que quieres y podemos llegar a un acuerdo.

Breve pausa.

MANUEL: Quiero que reconozcas mi trabajo.

ENRIQUE: ¡Pero eso es lo que estoy haciendo, coño! Por eso estás aquí... Por ejemplo, tu nombre aparece en el programa de mano...

MANUEL: (*Irónico.*) ¡Ah, sí! Me fijé cuando me lo alcanzaste en el taxi. Estuve a punto de pedirte una lupa para poder leerlo.

ENRIQUE: ¡No exageres!

MANUEL: Es que hasta me imagino los titulares en la sección de espectáculo de los periódicos un día después del estreno: "Afamado libretista de telenovelas, retorna a las tablas dirigiendo su propia pieza teatral". ¿Y Manuel Ramos? ¡Bien, gracias! (*Melodramático.*) A Manuel que lo parta un rayo, que lo arrolle un tren, que sus restos sean devorados por las ratas y las cucarachas...

ENRIQUE: Ya te dije que tendrás lo que te corresponda por la taquilla.

MANUEL: No se trata sólo de dinero, Enrique. Tú deberías saberlo.

ENRIQUE: (*Estallando.*) ¡Pero ¿qué carajo es lo que pretendes, ah?! También yo hice mi esfuerzo

intelectual para adaptar tu puto relato a las tablas, coño. Eso vale, ¿no? Y también soy yo el que está arriesgando plata y prestigio para que tu cuento pueda llegar finalmente al gran público. ¿O acaso eso tampoco vale?

MANUEL: Sí, correcto. Tienes razón. Sin embargo la idea original es mía.

ENRIQUE: ¡Qué riñones! Yo transformo uno de tus brevísimos relatos de mierda, de apenas diez líneas, en una obra de teatro de poco más de una hora ¿y tú quieres compartir todos los créditos? ¡No me machuques los cojones!

MANUEL: ¿Y no era así antes?

ENRIQUE: ¿Perdón?

MANUEL: ¿Acaso no compartíamos nuestros logros intelectuales? ¿Acaso mis ideas y las tuyas no las llevábamos juntas al papel y de allí a los escenarios? Siempre a cuatro manos. ¿Ya no lo recuerdas?

ENRIQUE: No, no se me ha olvidado nada de eso. Pero aquellos eran otros tiempos, Manuel... (*Enfático*) ¡Si éramos poco más que amateurs! ¡Por Dios! (*Breve pausa.*) Ahora las cosas han cambiado. Yo soy un profesional y tengo que rodearme de profesionales.

MANUEL: (*Ofendidísimo*) Ah, entiendo.

ENRIQUE: No lo tomes a mal, pana. (*Con sorna*) Tú has sido siempre un escritorcito de provincia y nunca has querido dar el gran salto; cambiar de categoría. Lo siento. ¡Afrontémoslo!

MANUEL: Y tú eres un grandísimo hijo de la grandísima puta.

ENRIQUE: No quisiera herirte, pero ¿en qué editorial importante has publicado? Todos tus libros han sido distribuidos por editoriales ínfimas, muchas de las cuales, incluso, ni siquiera deben existir a estas alturas.

MANUEL: (*No contesta, lo mira con inmenso desprecio.*)

ENRIQUE: No niego que de todos ellos puedan rescatarse ocho o diez textos francamente buenos, pero con eso no se publica un libro en una editorial importante.

Manuel no aguanta más y coge a Enrique por la solapa de la chaqueta.

MANUEL: ¡¿Sabes como es la vaina?! Que prefiero seguir siendo un escritorcito de provincia, de medio pelo, apenas reconocido, que sólo publica en editorialitas ínfimas, como dices, a ser un afamado libretista de telenovelas cursis y de pacotilla... En fin: ¡un comemierda como tú!

Manuel suelta a Enrique.

ENRIQUE: Así que mis telenovelas te parecen cursis, ¿no? Basura, pacotilla, mierdita líquida, pues...

MANUEL: ¡Bah!

ENRIQUE: Sin embargo, permíteme decirte algo, *amigo*, y creo que no va a ser necesario que tenga que demostrártelo: una sola de mis telenovelas cursis es más conocida y hasta puede llegar a tener más contenido, historia, valor estético y artístico que cualquiera de tus jodidos libros publicados por editoriales de provincia.

Amplio silencio.

De pronto, como empujado por resortes, Manuel se dirige hasta el sitio donde están sus maletas, las recoge e intenta salir.

Enrique lo detiene.

ENRIQUE: ¡Hey! ¡¿Qué haces?! ¿Adónde crees que vas?

MANUEL: ¡Me marchó! ¿No pensarás que después de esta conversación TAN REVELADORA, continúe bajo tu mismo techo, en tu casa, respirando el mismo aire que tú respiras?

ENRIQUE: (*Corrigiéndolo*) ¡Apartamento!

MANUEL: ¡¿Qué?!

ENRIQUE: Que es apartamento, no casa.

MANUEL: ¡Es igual!

*Ambos se miran directo a la cara.
Largo silencio.*

ENRIQUE: *(Conciliador.)* Por favor, vamos a intentar calmarnos, ¿quieres? Que las aguas vuelvan a su cause... A lo mejor me fui de la lengua con algunas de las cosas que te dije, ¿okey? ¡Me extralimité, coño! Lo siento. Te pido mil disculpas. Perdóname, por favor. *(Breve pausa.)* Es que me alteré un poco... *(Corrigiendo.)* Bueno, bueno, ambos nos hemos alterado un poco... Reconócelo tú también. *(Breve pausa.)* No quiero que te marches así.

MANUEL: Igual te pienso demandar, cabrón.

ENRIQUE: Sí, sí, sí. Ya harás más adelante lo que te plazca. Lo que te haga más feliz. Pero por favor no te vayas... Además, ¿adónde piensas ir si no conoces la ciudad?

*Enrique se acerca a Manuel y trata de quitarle la maleta y los dos bolsos que lleva al hombro.
Al principio Manuel se niega, sin embargo, poco a poco va cediendo ante la insistencia de Enrique.*

MANUEL: *(Más tranquilo.)* No es broma todo lo que te he dicho, ¿eh? Te juro que todo va muy en serio. Te pienso demandar, güevón. Nada va a cambiar mi decisión. No hay vuelta atrás.

ENRIQUE: *(Calzándose los bolsos al hombro.)* Ya lo sé. Ya lo sé. Y a lo mejor me lo merezco. No tanto por plagiarlo sino por hijo de puta.

MANUEL: *(Contiene la risa.)* Tal vez ya sea muy tarde para evitar el estreno de mañana, pero juro que te demandaré. Aunque sea lo último que haga.

ENRIQUE: Si quieres, en estos días te puedo presentar a un par de buenos abogados, especialistas en derechos de autor, ¿te parece?

MANUEL: *(Como si nada.)* Te lo agradecería enormemente.

ENRIQUE: *(Como si nada.)* Para eso estamos los amigos.

Silencio.

MANUEL: ¿A qué hora será la función de mañana?

ENRIQUE: A las ocho de la noche.

MANUEL: Pero nosotros estaremos en el teatro un poco antes, ¿no es verdad?

ENRIQUE: Sí. A las siete en punto.

MANUEL: Okey. ¿Me presentarás a los actores, verdad?

ENRIQUE: Por supuesto. A todo el equipo. No sólo a la ficha artística, sino también a los técnicos: escenógrafos, luministas, etcétera, etcétera.

Silencio.

MANUEL: Es bueno regresar a las tablas.

ENRIQUE: Ya lo creo.

MANUEL: ¿Estás contento?

ENRIQUE: Mucho. ¿Y tú?

MANUEL: ¿Yo? (*Reflexiona.*) Sí. También estoy contento.

ENRIQUE: Vas a quedar encantado con mi... (*Se reprime. Manuel lo mira expectante. Breve pausa.*) ... con nuestra adaptación de tu relato al teatro.

MANUEL: Eso espero.

ENRIQUE: Por el momento recomiendo que nos vayamos a descansar. Mañana será un día bastante agitado. Entrevistas, ruedas de prensa y esas cosas...

MANUEL: Lo que tú digas.

ENRIQUE: Ven que te muestro dónde vas a dormir.

*Salen.
Oscuridad.*

ACTO SEGUNDO

Representación de *El evangelio según Judas*.

Paraje solitario.

Media noche.

Luz cenital sobre Jesús que está sentado sobre una piedra, a la manera de El Pensador de Rodin, hacia uno de los laterales. Viste desgastadas túnicas; lleva el pelo largo y descuidado, igual que la barba.

Después de un rato, hace gestos de no entender algo, abstraído en un terrible dilema, como si discutiera consigo mismo.

De pronto, se levanta como empujado por resortes.

JESÚS: ¿Dónde estuvo el error? ¿Acaso no fui lo suficientemente claro y preciso? ¿No he hablado con ellos de forma coloquial y corriente? ¿Acaso con ellos no he usado lo mejor de mi repertorio de parábolas? (*Como contestándose a sí mismo.*) ¡Por supuesto! ¡Por supuesto! Todo había sido perfecto... Bueno, quizá por momentos estuve un pelo melodramático, sobre-actuado... pero... ¡coño!, tampoco iba a ponérsela tan fácil, tan papayita, como quien dice... ¡Que también ellos se esfuercen un poco, cajaro! (*Pausa.*) ¿Y ahora, a estas alturas, cómo remiendo el capote? (*Piensa.*) De ninguna manera conviene reunirlos a todos de nuevo y leerles la cartilla sobre qué cosa tiene que hacer cada cual. ¡No! Eso no estaría bien. No sería ni ético ni estético... Desde luego que no. (*Pausa.*) Además, se vería poco natural, artificial, plástico, como demasiado forzado... (*Piensa mientras camina de un lado a otro.*) ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? (*De pronto se detiene con el rostro iluminado.*) ¡Ya está! ¡Hablaré con uno de ellos! ¡Sólo con uno! Iré directo al grano, sin adornar mis palabras, sin usar parábolas o metáforas y le diré que de aquí en adelante TODO depende de ÉL... (*Pausa.*) Sólo tengo que escoger cuál de los doce sería el más apropiado, el idóneo... (*Se acaricia la barba; piensa.*) Veamos, veamos. Alguien con suficiente capacidad para el sacrificio, noble, obediente, sensible, con mucha fe y, sobre todo, que le importe un rábano el porvenir... (*Piensa. Breve silencio.*) ¡Ya está!: ¡Isariote!

Desaparece la luz cenital sobre Jesús y se enciende otra en el extremo opuesto, en donde aparece Judas, sentado en el suelo con las rodillas a la altura del pecho y los brazos alrededor de sus piernas. También viste túnicas austeras y raídas y lleva el cabello y la barba largas y descuidadas. Mira absorto algún perdido lugar sobre las cabezas de los espectadores. En su entorno hay once bultos que simulan once cuerpos echados sobre el suelo que aparentan dormir. De cuando en cuando una sinfonía disonante de ronquidos, y pedos, interrumpen el silencio. Gestos de desaprobación y asco en la cara de Judas. Entra Jesús.

JESÚS: *(Eludiendo los bultos.)* ¡Caramba! Y mira que les pedí, les rogué, que por favor me aguardaran despiertos. ¿Tanto les ha costado mantenerse en vela?

JUDAS: *(Se levanta, orgulloso.)* ¡Yo sí lo he hecho, Maestro! ¡Yo sí!

De nuevo se escucha la sinfonía de ronquidos y pedos.

JESÚS: *(Gestos de repulsión, luego a manera de broma.)* ¡Vaya! Con qué prisa comienza a trabajarle el estómago a estos.

JUDAS: *(Al público, gracioso.)* Y eso que durante la cena tuvimos pan ácimo. ¿Qué tal si hubiera sido con levadura?

JESÚS: *(Se acerca a Judas y le pasa cariñosamente uno de sus brazos sobre los hombros.)* Iscariote, me gustaría conversar un momento a solas contigo.

JUDAS: Mis oídos son todo tuyos, Maestro.

Jesús y Judas caminan hacia el centro de la escena. Un cenit de luz se desplaza con ellos. Luego luz general.

JESÚS: Para empezar, quisiera hacerte un par de preguntas.

JUDAS: Adelante, adelante. Te escucho.

JESÚS: *(Después de una pausa.)* ¿Crees en mí?

JUDAS: (*Ofendidísimo.*) ¿Y a qué viene esa pregunta, Maestro? ¡Por supuesto que creo en ti! Como creo que el sol se levantará mañana por oriente y se ocultará por occidente. ¡No lo dudes jamás!

JESÚS: ¡Okey! ¡Okey! Está bien. Ahí te va la otra pregunta: ¿qué te ha parecido la Cena de Pascua que hemos celebrado esta noche?

JUDAS: (*Desbordándose en elogios.*) Todo ha quedado muy bien, Maestro. No cabe duda de que Pedro y Juan se esforzaron y fueron muy diligentes en los arreglos.

JESÚS: Ajá.

JUDAS: En una palabra, ¡maravillosa! El pan, el vino, el cordero...

JESÚS: Ajá.

JUDAS: Aunque para mi gusto, hubiera preferido la carne un poco más jugosa, menos seca de lo que estuvo... Tú sabes... Pero si no se pudo, bueno, ni modo... ¡Qué se le va a hacer!

JESÚS: (*Interrumpiéndolo, algo molesto.*) Bien, bien. Tal vez no he sabido formular de manera correcta mi pregunta. Intentémoslo de nuevo.

JUDAS: Okey.

JESÚS: (*Tras una pausa.*) Cuando me refería a qué te había parecido la Cena de Pascua, no quería preguntarte por la disposición de la mesa, la comida, la bebida, el esmero de los organizadores y esas otras cosas, Iscariote, sino por la plática que hemos mantenido durante ella. ¿Si me entiendes ahora?

JUDAS: ¡Ah...!

Breve pausa.

JESÚS: ¿Y? ¿Entonces?

JUDAS: ¿Qué quieres que te diga, Maestro? Que la plática ha estado muy agradable, muy interesante. ¡Cómo siempre! Tú... abordando esos temas tan... tan... tan... (*No encuentra mejor palabra.*) ¡Divinos!

JESÚS: Sí, sí. Ya lo sé. Yo soy el único que habla y habla y habla...

JUDAS: (*Muy zalamero.*) Pero es que nadie más tiene tu sabiduría, Maestro, tu talento, tu facilidad de palabra, ese don de saber explicarlo todo a través de metáforas y parábolas sencillas, cotidianas. ¡Pura poesía, pues! Y de la buena, claro está. Por eso creemos en ti. Por eso eres nuestro líder, nuestro Maestro. Por eso te seguimos.

JESÚS: Y ya que te ha parecido tan interesante mi plática, ¿qué pudiste entender de ella? ¿Qué has interiorizado? ¿A qué conclusiones te ha llevado? ¿Qué crees que pueda venir ahora?

JUDAS: ¡Uy! ¡Cuántas preguntas!

JESÚS: Para cada una de las cuales quiero respuesta.

JUDAS: (*Sin saber qué decir.*) Pues que... Bueno, tú sabes... como quien dice, porque... tal vez... sólo si... aunque no, de ninguna manera... Sin embargo... (*Rindiéndose.*) ¡Coño! ¡Lo siento, Maestro! La pura verdad es que no tengo ni la más puta idea de lo que hablaste durante la cena.

JESÚS: (*Estallando.*) ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Y como tú, los otros once!

JUDAS: (*Persiguiendo a Jesús y dando saltitos nerviosos.*) Pero no te enfades así, Maestro. ¡Cálmate, cálmate! Cuidado con un síncope... Ya sabes que nosotros somos algo burros para entender ciertas cosas de las que nos hablas, pero extremadamente nobles y obedientes para seguirlas... De esto último no te quepa la menor duda. Por todas partes nos desborda la fe y la confianza en ti y en tus palabras.

JESÚS: (*Haciendo lo posible por tranquilizarse.*) Lo sé. Lo sé. Acaso por esto mismo continúan a mi lado y no los he hecho despedir a todos.

JUDAS: ¡Gracias, Maestro! Muchísimas gracias por permitirnos seguir a tu lado.

JESÚS: En fin. ¡Qué remedio! Una vez confirmadas mis sospechas, de que vosotros no habéis entendido ni

jota de lo que yo os he hablado durante toda la Cena Pascual, iré directo al grano contigo. ¡Pero sólo contigo!

JUDAS: Como quieras, Maestro. Te escucho.

JESÚS: Ya estás enterado de que he venido a este mundo para cumplir lo que el profeta Elías dejó dicho en las Escrituras. (*Judas, sumiso, hace gestos de afirmación con la cabeza.*) Okey. Que por más obstáculos que encuentre en el camino debo seguir con lo mío porque no tengo alternativa. Son los deseos de mi Padre. (*Judas Idem.*) Desde mi regreso del desierto no he hecho otra cosa que trabajar duro para que a estas alturas todo esté a punto de caramelo... (*Judas Idem.*) Sin embargo, nunca falta un pero... (*Judas pela los ojos.*) Porque en este tramo del recorrido, de la historia, TODO depende de un tercero: uno de mis doce discípulos TIENE que traicionarme, venderme y entregarme a los jefes de los sacerdotes, los maestros de la Ley y las autoridades judías.

JUDAS: (*Escandalizado, se lleva las manos a la cabeza.*) ¡Por las sagradas barbas de Moisés, Maestro! ¡¿Por qué dices eso?! Si hace apenas un rato te he dicho que todos tenemos mucha confianza, mucha fe en ti y te somos completamente fieles. ¿Cómo a uno de nosotros se le podría ocurrir traicionarte, entregarte al enemigo? Eso es imposible. ¡Primero muertos!

JESÚS: Justamente allí es donde radica el meollo del asunto, querido amigo. Es algo que TIENE que suceder para que se CUMPLA lo que dicen las sagradas escrituras, ¿comprendes?

JUDAS: (*Boquiabierto.*) ¡Aaahhh!

JESÚS: Mi plática de la cena tenía como objetivo estimularles, para que alguno de ustedes se animara, voluntariamente, a dar ese paso tan trascendente como necesario.

JUDAS: ¡Ya caigo!

JESÚS: Sin embargo, nadie entendió ni jota y por eso dudo mucho que alguien, por su propia cuenta, vaya a tomar la iniciativa.

JUDAS: (*Conmovido, empezando a entenderlo todo.*) ¡Qué brutos, Maestro! ¿Cómo es posible que no te hayamos entendido? ¡Esa es una responsabilidad del carajo! Quien vaya a hacerlo tiene que tener una fe inquebrantable, una capacidad de entrega enorme, unos cojones del tamaño de un buey y una nobleza fuera de este mundo... Porque mira qué jodido debe ser tener que entregar a... (*De pronto voltea a mirar la cara de satisfacción de Jesús y es entonces cuando termina de comprenderlo todo.*): ¡NO!

JESÚS: ¡Sí!

JUDAS: ¡Que no!

JESÚS: ¡Que sí!

JUDAS: (*Cayendo de rodillas.*) ¿Cómo puedes hacerme esto, Maestro? ¿Cómo pudiste haberme elegido a mí?

JESÚS: Porque aunque no lo creas, de los doce, tú eres el que reúne todas las características a las que acabas de hacer referencia.

JUDAS: (*Por un momento halagado.*) ¡¿Yo?! ¿Estás seguro? (*Después lo piensa mejor.*) ¡No me jodas, Maestro!

JESÚS: Fuera de broma, Iscariote.

Breve pausa.

JUDAS: Pero Maestro, detente por un momento a pensar en lo que me estás pidiendo.

JESÚS: Ajá.

JUDAS: ¿Cómo crees que será mi vida después de que haga lo que se supone que tengo que hacer? Seré aborrecido por todo aquel que me conoce y desconoce. ¿Qué clase de persona es esa que traiciona, que vende a un amigo? Mi descendencia será señalada y apartada como a los leprosos del camino... No, Maestro, por favor, por lo que más quieras, no me pongas a beber de ese cáliz...

JESÚS: (*Reparando un instante en lo que ha dicho Judas.*) ¡Carajo! ¡Es verdad! Tienes razón, Iscariote. Se me había escapado ese detalle... (*A Judas se le ilumina*

el rostro.) No puedo ser tan egoísta e irresponsable y condenar a toda una descendencia, a miles de generaciones. Claro que no.

Piensa.

JUDAS: (*Se pone de pie, ya más tranquilo, porque ha visto una luz al final del túnel; trata de ayudar a Jesús.*) Desde luego, Maestro. Tenemos que pensárnoslo mejor. Cuidarnos de cometer los mismos errores del pasado... La historia suele repetirse con frecuencia, ¿sabes? Sólo que cambia el nombre de las víctimas y de los victimarios. No sería nada justo y responsable de nuestra parte cargarle un peso de tal magnitud a un inocente que todavía no ha nacido, o a miles (*Pausa, se imagina la infinitud de su prole.*), o a millares, o a millar de millares... (*Se reprime.*) Sería mejor que antes ambos muriéramos por lapidación o crucificados.

JESÚS: (*Jubiloso.*) ¡Eso es! ¡Ya lo tengo!

Va y le da un beso en cada mejilla a Judas.

JUDAS: (*Con un gran signo de interrogación pintado en la cara.*) ¡¿Eh...?!

JESÚS: Eres noble como un perro, Iscariote.

JUDAS: Pero, Maestro, no entiendo nada.

JESÚS: Y además genial. Me ayudas a resolver mis problemas y ni siquiera te das por enterado.

JUDAS: (*Molesto.*) ¡Entonces explícamelo, coño! (*Pausa, suplicante.*) Por favor...

JESÚS: Es muy simple: después de que me hayas entregado a los jefes de los sacerdotes y las autoridades judías, vas y te suicidas.

JUDAS: (*Escandalizado.*) ¡¿Qué?!

JESÚS: Como escuchas. Te suicidas. Así nos aseguraremos de que no tendrás descendencia que herede tu culpa. Por supuesto, serás tú mismo quien elija la mejor forma de morir, la que te parezca más idónea. Yo en eso si no me voy a involucrar.

JUDAS: No lo puedo creer.

JESÚS: No obstante, podría hacerte algunas sugerencias.

JUDAS: No, no es posible.

JESÚS: Por ejemplo, la silla eléctrica o la inyección letal (*Reparando en lo que dice.*) ¡Oh, perdón! No, no, no, no. ¡Qué torpe! Esas formas de morir todavía no han sido inventadas por los americanos.

JUDAS: ¡¿Suicidarme?!

JESÚS: Así es. De ese modo no condenaremos a ningún inocente no-nacido a pagar por culpas ajenas y nosotros nos libraremos de repetir la vieja historia. Bien sencillo, ¿no te parece?

JUDAS: Pero, Maestro, ahora me la pones mucho más cuesta arriba... ¿Acaso atentar contra la propia vida no es uno de los pecados capitales? Antes me iban a condenar los hombres... ¡pero ahora serán las Leyes Divinas las que lo hagan!

JESÚS: (*Pícaro.*) Tranquilo, hombre. Por eso no te preocupes. En las Leyes Divinas yo tengo cierta ingerencia... Tú sabes...

JUDAS: (*Al público.*) ¡Tremendo consuelo!

JESÚS: ¿Qué has dicho?

JUDAS: (*Disimulando.*) Digo que si a ti te suena bien que manejáramos otros nombres para este asunto tan peliagudo. No sé. Algún otro de los doce. ¿Qué te parece?

JESÚS: ¡Imposible! Ya tengo planes para los otros.

JUDAS: (*Insistiendo.*) No sé... No sé... Se me ocurre... (*Piensa.*) ¡Simón Pedro, por ejemplo!

JESÚS: (*Profundo.*) "Sobre esa piedra edificaré mi iglesia y las fuerzas del infierno no la podrán vencer".

JUDAS: ¿Qué tal Mateo?

JESÚS: Él tendrá la obligación de escribir mi historia para la posteridad.

JUDAS: ¿Y Juan?

JESÚS: También trabajará su propio proyecto sobre mi vida y obra, algo más personal y profundo, tú sabes, para darme a conocer en una justa medida a las generaciones y civilizaciones por venir.

JUDAS: ¿Qué me dices de Tomás?

JESÚS: Él servirá de guía para aquellos hombres de poca fe que necesitan ver y tocar para creer.

JUDAS: *(Estallando en llanto se desploma de rodillas.)*
¡Coño! ¡Entonces estoy bien jodido! *(Clamando a los cielos.)* ¡¿Por qué yo?!

JESÚS: ¡Ah, no, Iscariote! Ese punto estaba aclarado y enterrado. De aquí en adelante lo que nos resta a ambos es enfrentar nuestros respectivos destinos. ¿Acaso no has leído a los poetas trágicos griegos: Sófocles, Eurípides o Esquilo? ¡No! ¡Qué va! ¡Qué ingenuidad la mía! ¡Qué vas a estar tú leyendo a los griegos! *(Tratando de consolarlo.)* Échale un vistazo al lado positivo del asunto, amigo: por una o por otra, tu nombre siempre estará en las bocas de las gentes de los años venideros. Y eso te hará inmortal, amigo. ¡Eterno!

JUDAS: *(Que lo mira de reojo y de mala manera sin contestar.)* ...

JESÚS: Tal vez a alguien, en el futuro, se le ocurra escribir algo bueno sobre ti, no sé, gente que quiera vindicar tu historia, o mejor, tu papel en la historia. Un pensador, un investigador, un escritor... un dramaturgo... ¡Qué sé yo!

JUDAS: *(Ídem.)* ...

JESÚS: Bueno, te aseguro que muchos ya quisieran tener al menos ese consuelo.

JUDAS: *(Reponiéndose.)* ¡Pero no yo, Maestro! ¡No yo! *(Camina hacia proscenio y señala al público.)* Yo soñaba con tener una enorme descendencia. Tan grande y extensa como la del patriarca Abraham. *(A Jesús.)* Que recuerden o no mi nombre en el futuro, para bien o para mal, me tiene sin cuidado. Yo sólo deseaba

que mis genes y los de mis ancestros se multiplicaran sobre la faz de la tierra, como las arenas del desierto...

JESÚS: (*Consolador.*) Bueno, bueno, no todos podemos alcanzar nuestros sueños, Iscariote. La vida es a veces así de cruda.

JUDAS: (*Negociador.*) ¿Y no podríamos buscar alguna otra manera de darle vuelta al asunto?

JESÚS: ¡Carajo, Iscariote! Imagínate si yo me hubiera dado a la tarea de hacer toda esta pataleta que tú estás haciendo, cuando supe, por boca de mi propio Padre, a qué había venido a este mundo. ¿Se te olvida que también yo tengo el pellejo puesto sobre el asador? Por lo menos tú tienes la ventaja que se te ha dado a escoger la forma de morir, que, pese a todo, bien pudiera ser rápida y sin dolor. En cambio, nadie ha tenido esa deferencia conmigo. Vamos, déjate de lloriqueos y acepta de una vez por toda la misión que se te ha encomendado. Las cartas están echadas y ambos ya conocemos nuestras respectivas manos.

JUDAS: ¿Y es que acaso tengo la posibilidad de negarme, de elegir?

JESÚS: ¡Desde luego! La fe no tiene por qué obligar a nada ni a nadie. ¿No has escuchado sobre la importancia del libre albedrío? Sólo que si te niegas, complicarías y retrasarías todo.

Judas medita.

Jesús se come las uñas.

Silencio.

JUDAS: (*Después de un largo suspiro.*) ¡Está bien! ¡Acepto!
¡Lo haré!

JESÚS: ¡Eso es, amigo! Sabía que no me defraudarías, que no me había equivocado contigo, que había elegido bien... Ahora tenemos que apresurarnos porque no tenemos mucho tiempo.

JUDAS: Tú dirás, Maestro.

JESÚS: Presta atención.

Le pasa el brazo sobre los hombros a Judas y le da instrucciones como si fuera el director técnico de algún equipo de fútbol que, a mitad del período complementario de una final, y sobre una de las líneas laterales del campo, diera indicaciones a su capitán tomando en cuenta el score de la pizarra electrónica: 0-0.

JESÚS: Tendrás que bajar hasta el pueblo y dirigirte a casa de cualquiera de los jefes de los sacerdotes, de los maestros de la Ley o de las autoridades judías. Una vez allí, empezarás a hablar mal de tu Maestro.

JUDAS: ¿De ti, Señor?

JESÚS: ¿Qué otro Maestro conoces?

JUDAS: ¿Y qué mal puedo hablar de ti, Maestro? Si tú nos has enseñado y demostrado hasta el hartazgo que eres la mata de la perfección.

JESÚS: *(Primero halagadísimo, después recobrando la compostura.)* No sé. No sé. ¡Ponte creativo! *(Reflexiona.)* Por ejemplo, diles que no resulté ser el líder que tú esperabas encontrar... Que te he defraudado enormemente. Que tú deseabas a alguien más convencional y violento que, con sus arengas, lograra levantar en armas al sufrido pueblo judío contra el yugo del imperio romano. ¡Qué sé yo! Algo así. ¡Inventa! ¡Inventa!

JUDAS: *(Extasiado.)* ¡Uy, qué excelente argumento, Maestro! A mí no se me habría ocurrido nada mejor. ¡Van a caer como moscas!

JESÚS: Sí, claro, pero todo depende de que tu actuación sea convincente. Por favor, deja tu nobleza a un lado. Sé duro. Saca lo peor de ti, tus instintos básicos, lo animal, en fin, lo más abyecto que llevas dentro... *(Judas pone cara de malo, hace gestos.)* Pero sin sobreactuar, coño, que la cosa tiene que ser lo más espontánea posible.

JUDAS: *(Compungido.)* Lo lamento, Maestro.

JESÚS: Si te ofrecen dinero, acéptalo. Es más, pídelo tú. Muéstrate hiper-interesadísimo en ello. Cuando los hayas convencido, tráelos hasta aquí.

JUDAS: ¿Hasta aquí?

JESÚS: Sí. Aquí ellos me harán su prisionero y luego me llevarán ante el Sumo Sacerdote.

JUDAS: Okey.

JESÚS: Cuando vengas con las personas que me harán prisionero, la manera que usarás para señalarles que yo soy el tipo que ellos quieren, será dándome un beso en la mejilla.

JUDAS: ¿Y eso por qué?

JESÚS: Porque eso le daría un toque especial y melodramático a la escena, ¿si me entiendes?

JUDAS: La verdad es que no, maestro, pero si es lo que quieres, y me lo ordenas, yo lo hago. ¿Y después?

JESÚS: Después... *(Melodramático.)* Sólo nos corresponde enfrentar nuestros respectivos e ineludibles destinos, Iscariote.

JUDAS: *(Resignado.)* Si es eso lo que dicen las Escrituras, Maestro...

JESÚS: Así ha sido escrito.

JUDAS: ¿Me concedes un último deseo, Maestro?

JESÚS: No faltaba más. Dime.

JUDAS: ¿Me permites que te dé un abrazo?

JESÚS: *(Quebrándosele la voz.)* ¡Claro! ¡Ven aquí, amigo!

Jesús hala a Judas por la túnica y lo estrecha con pasión y cariño entre sus brazos. Así permanecen gimiendo y sollozando durante un rato.

JUDAS: Gracias por depositar toda tu confianza en mí, Maestro.

JESÚS: No hubiese elegido a otro, Iscariote.

JUDAS: Espero no defraudarte.

JESÚS: No lo harás. Estoy seguro.

*Jesús y Judas se apartan.
Ambos se secan las lágrimas.
Breve silencio.*

JUDAS: Bueno, manos a la obra.

JESÚS: *(Sin prestar atención a lo que dice.)* "Que la fuerza te acompañe".

JUDAS: *(Extrañado.)* Maestro, ¿no te habrás equivocado de frase?

JESÚS: ¡¿Cómo?! Oh, sí, sí, sí... Discúlpame, Iscariote. ¡Qué torpe! Creo que me he adelantado unos cuantos años... *(Corrigiendo.)* "Que la paz esté contigo".

JUDAS: Y contigo, Señor.

*Judas comienza a salir muy lentamente.
De tanto en tanto se vuelve hacia Jesús que hace gestos para auparlo, para darle confianza y valor. Justo antes de desaparecer por uno de los laterales, se detiene y mira largamente a Jesús, con enormes ojos húmedos, ojos de perro...
Jesús cambia de actitud y cruza los brazos sobre su pecho y pone cara de desaprobación.
Luego golpea con sus palmas al aire, dos veces, y le indica a Judas, con gestos severos, que salga, que no espere más...
Judas obedece de inmediato y sale.
Jesús se vuelve hacia el público y suspira largamente mientras las luces empiezan a extinguirse con rapidez.*

ACTO TERCERO

Mañana siguiente al estreno de *El evangelio según Judas*.

Otra vez el salón del primer acto.

Enrique duerme en el sofá. Una sábana le cubre el cuerpo hasta el cuello. Hace gestos como si estuviera a la mitad de un sueño confortable.

Entra Manuel. Arrastra la maleta y los dos bolsos del primer acto. Luce recién bañado. De improviso, se percata de que Enrique continúa durmiendo. Se detiene, deja maleta y bolsos en el piso y hace gestos de desaprobación. Después camina hacia el sofá y se inclina sobre el rostro de su amigo, mira hacia el público, se yergue y suelta dos sonoras palmoteadas a escasos centímetros del oído de Enrique. Sin embargo, éste ni se inmuta y sigue durmiendo a pierna suelta. Manuel vuelve sobre sus pasos y, de uno de los bolsos, extrae un enorme reloj-despertador; lo pone a punto y corre a colocarlo en la oreja de Enrique. Mira hacia el público y señalando el reloj-despertador, ríe en sordina.

Breve pausa.

Luego el estruendoso timbrar de la alarma retumba en toda la sala.

ENRIQUE: *(Se sienta, sobresaltado.)* ¡¿Qué paso?! ¡¿Qué fue eso?!

MANUEL: Hora de levantarse.

Regresa hasta donde está su equipaje.

ENRIQUE: *(Frotándose los ojos.)* ¿Qué hora es?

MANUEL: Las ocho menos cuarto.

Guardar el reloj-despertador en el mismo bolso de donde lo sacó.

ENRIQUE: ¡Coño! ¡Pero si es de madrugada!

Vuelve a acostarse.

MANUEL: ¡Ah, no! ¡Eso sí que no!

Corre hasta los pies de Enrique y le arrebató, de un tirón, la sábana con que se arropa. Queda al

descubierto el pijama con motivos infantiles de Enrique.

MANUEL: ¡Levántate ya!

ENRIQUE: *(Bostezando.)* Pero si es demasiado temprano.

MANUEL: Anoche acordamos que a primera hora me acompañarías hasta el aeropuerto.

ENRIQUE: *(Sentándose sobre el sofá, ya más espabilado.)* Nada de acordamos. Fuiste tú quien solito acordó.

MANUEL: Es igual.

ENRIQUE: *(Se levanta y estira los brazos.)* ¿Por qué ese apresuramiento tuyo en irte si hasta ayer por la mañana me decías que pretendías quedarte por unas semanas en la ciudad?

MANUEL: Cambié de idea. Uno puede cambiar de idea, ¿no?

ENRIQUE: ¿Pero de un extremo a otro en tan poco tiempo? ¡Coño! Ni que fueras mujer... *(Breve pausa.)* ¿Qué te pasa? Dime la verdad. ¿No te gustó la puesta en escena de tu relato?

MANUEL: *(Permanece en silencio con los brazos cruzados y mirando hacia el público.)* ...

ENRIQUE: El que calla otorga. *(Pausa.)* Si de algo te sirve mi opinión, yo creo que más bien deberías sentirte orgulloso: hubo un lleno total en la sala, la gente se cagó de la risa y aplaudió a rabiar durante toda la representación. Me imagino que más de uno retornó a casa con las manos hinchadas y un discreto dolor de estómago. *(Melodramático.)* ¿Acaso podrían pedir más unos obreros de las tablas como nosotros? ¡¿Ah?! *(Pausa.)* Si hasta después de la función, durante la pequeña recepción que tuvimos, vi cómo se te acercó un par de espectadores para estrecharte la mano, conocerte y dirigirte sus palabras de agradecimiento y felicitación. ¿No era eso lo que querías? *(Enfático.)* Re-co-no-ci-mien-to. *(Al público.)* Claro, luego de que me hiciera colgar un enorme pendón con su nombre al lado del mío, o más bien mi nombre al lado del suyo, en pleno foyer del teatro: "Gran estreno de la pieza 'El

evangelio según Judas', escrita por Manuel Ramos y Enrique Osorio". ¿Qué tal...? (*Fingiendo humildad.*) Que conste que yo sólo accedí para no crear más fisuras en nuestra ya frágil amistad.

MANUEL: No es que tu adaptación me haya disgustado, Enrique. O que no me sienta satisfecho con el éxito alcanzado. Es otra cosa.

ENRIQUE: ¿Otra cosa? A ver, ¿como qué sería esa otra cosa?

MANUEL: No estoy muy seguro.

ENRIQUE: ¿Ah, no?

MANUEL: No. No sabría explicártelo.

ENRIQUE: Entonces no te atormentes más ni me atormentes a mí, ¿okey? Entierra tus dudas y ya, y disfruta el embriagador sabor del éxito, que es efímero como el amor de una adolescente. ¡Punto! *Set finished!*

MANUEL: Sí, eso debería hacer.

ENRIQUE: Me parece muy bien.

MANUEL: Pero no puedo.

ENRIQUE: ¿Ah, no! Déjate de raros caprichos. Te recuerdo que yo lo que soy es libretista de telenovelas. Ni soy pitonisa ni sicoterapeuta, ¿de acuerdo?

Pausa breve.

MANUEL: Aunque creo tener una idea, todavía un poco difusa, de por qué me siento como me siento.

ENRIQUE: ¿Quieres insistir?

MANUEL: Yo creo que sí.

ENRIQUE: Bueno, adelante, insistamos. A ver, ¿por dónde crees que van los tiros?

MANUEL: Pienso que el asunto se remonta hasta los días en que escribí "El evangelio según Judas", el relato, por allá a mediados de los ochenta...

ENRIQUE: (*Nostálgico*) Los ochenta... Buenos años aquellos, ¿no es cierto? Con Madonna y Michael Jackson a la cabeza del movimiento pop mundial, seguida de cerca por Lionel Richiel, Boy George, Cindy Lauper... El estallido de la música urbana hecha en casa con Ilan, Yordano y Franco... entre tantos otros... El rock en español de Charly García y Soda Stereo... El Nobel para García Márquez. El Pelusa haciendo de las suyas con el balón, en el Nápoles y en el mundial México '86, sin duda alguna, sus mejores años... (*Suspira; pausa.*) Y, por supuesto, no podían faltar, las dos secuelas de *Las Guerras de las Galaxias* una tras otra y los tres Indiana Jones...

MANUEL: (*Emocionado.*) ¡Y "La Pared"! "La Pared" de Pink Floyd... No te olvides por favor de "La Pared" de Pink Floyd...

ENRIQUE: (*Corrigiéndolo.*) Querrás decir "La Pared" de Roger Waters y Alan Parker...

MANUEL: Es igual.

ENRIQUE: Y, claro, tú y yo haciendo teatro... pensando en teatro... viviendo y pensando única y exclusivamente en teatro...

MANUEL: (*Como encontrando la respuesta exacta.*) ¡Sí, sí! ¡Justo de eso se trata!

ENRIQUE: ¿¿Perdón?!

MANUEL: De pensar en teatro... Cuando concebí mi relato, ya estaba picado por ese bicho trasgresor y, todo cuanto escribía, lo visualizaba sobre las tablas.

ENRIQUE: ¿En serio?

MANUEL: ¡Pues claro!

ENRIQUE: ¿Y por qué no me lo dijiste antes?

MANUEL: Porque tú te hubieras entusiasmado con la idea de "El evangelio según Judas" y te hubieras empecinado en su adaptación y puesta en escena.

ENRIQUE: ¿Y acaso no te hubiese gustado?

- MANUEL: Mucho. Sólo que no estábamos preparados... Tú lo dijiste hace escasas dos noches: por aquellos tiempos éramos poco más que amateurs.
- ENRIQUE: (*Sarcástico.*) Y no pensabas que entonces, tu EXTRAORDINARIA obra, fuera bien interpretada y adaptada al teatro por nosotros. ¿No es así?
- MANUEL: Exacto.
- ENRIQUE: (*Indignado.*) ¿Qué bolas! Y yo que pensaba que en aquellos años ambos creíamos que éramos lo máximo, súper cool, algo así como insuperables, invencibles...
- MANUEL: Éramos buenos, claro... pero no tanto...
- ENRIQUE: No tan buenos como para asumir el reto de adaptar uno de tus cuentos al teatro.
- MANUEL: Así es.
- ENRIQUE: (*Harto.*) ¿Y qué coño de la madre tiene que ver eso con el estreno de anoche?
- MANUEL: Pues, aunque no lo creas, mucho.
- ENRIQUE: Explícate.
- MANUEL: Verás. Cuando escribí "El evangelio según Judas", el relato...
- ENRIQUE: Ajá.
- MANUEL: (*En lo suyo.*) ...Paralelamente imaginaba —en un singular telón de fondo— todo el andamiaje dramático para una pieza de teatro...
- ENRIQUE: Sí.
- MANUEL: ...Que concebí al más puro estilo de las tragedias griegas clásicas, con un enorme cuestionamiento moral, ético y filosófico...
- ENRIQUE: Ajá.
- MANUEL: ...De tal manera que todo el peso y la esencia de la obra recayeran sobre el texto y las interpretaciones de los actores. ¿Si me sigues?

Enrique se percata por donde van los tiros de Manuel y comienza a perder la paciencia.

ENRIQUE: Te sigo.

MANUEL: Okey. Estupendo. De esta forma no haría falta escenografía y demás parafernalias del teatro comercial. Frente al espectador, sólo los dos actores, materializando la esencia de Judas y Jesús, sus respectivas luchas internas y desgarradoras por las decisiones que están en la obligación de tomar y las no muy gratas consecuencias que se les vendrán encima una vez tomadas.

ENRIQUE: Ya veo.

MANUEL: La confrontación del destino escrito contra el destino deseado... Jesús y Judas como personajes principales de una tragedia clásica griega.

ENRIQUE: (*Suspicaz.*) "El evangelio según Judas" como una tragedia clásica griega, ¿no?

MANUEL: Uhum. Así había pensado llevar mi relato a las tablas.

ENRIQUE: (*Intentando disimular su enojo.*) Y por ese motivo tienes un sentimiento encontrado con lo que ha sido mi adaptación de tu relato.

MANUEL: Eso es lo que creo.

ENRIQUE: Ya veo.

MANUEL: Sí. A esa conclusión he llegado.

ENRIQUE: Piensas que tu adaptación trágica hubiese sido la más adecuada, más fiel al original, más conveniente y convincente. En fin, más idónea y de mayor altura estética para los tiempos que corren que mi modesta comedia.

MANUEL: Sin lugar a dudas.

ENRIQUE: (*Estallando.*) ¡Vete a la mierda, cabrón!

MANUEL: (*Nauseabundantemente hipócrita.*) Por favor, no lo tomes a mal, Enrique. Tal vez la culpa no sea del todo tuya, sino del medio donde trabajas, la influencia del ambiente que te rodea a diario.

ENRIQUE: (*De nuevo suspicaz.*) "La influencia del ambiente que me rodea a diario". A ver: ¿Qué coño de la madre quieres decir exactamente con esto? Te puedes explicar mejor, por favor.

MANUEL: Bueno, pana, para decirlo con pelos y señales: que tu entorno te ha llevado a realizar una interpretación simplista, fácil y frívola de mi cuento.

Silencio.

ENRIQUE: ¿Sabes qué? Eres un jodido e insoportable cretino comemierda de lo más arrogante y egoísta.

MANUEL: No me ofendas.

ENRIQUE: Encima que te traigo al estreno de mi obra, que te alojo en mi apartamento, que pago tus gastos, que convengo en compartir los créditos de autoría y la taquilla contigo, ¿te atreves a acusarme de haber hecho (*Remedando a Manuel.*) "una interpretación simplista, fácil y frívola de mi relato"? ¡No me machuques los cojones!

MANUEL: ¿Y de qué otra manera podría describirse eso que vimos anoche?

ENRIQUE: ¡Una comedia! Una sencilla, ligera, directa y nada pretenciosa comedia. Teatro para reír que es lo que necesitamos por estos días, coño.

MANUEL: También necesitamos que la gente piense un poco, ¿no crees?

ENRIQUE: Siempre hemos necesitado que la gente piense. Claro. Pero que piense en su trabajo; en las universidades; antes, durante o después de leer la prensa. O antes de ir a las urnas de votación, por ejemplo... Cuando va al teatro, la gente lo que necesita es abstraerse de sus pequeñas miserias cotidianas. En una palabra, entretenerse y mandar el resto a la mierda: sus problemas a la mierda; sus preocupaciones a la mierda; sus

transcendencias a la mierda. ¿Si me entiendes? Aunque sea sólo por un instante. Y para eso ¿qué mejor que una buena comedia?

MANUEL: Discúlpame, pero no estoy de acuerdo contigo.

ENRIQUE: ¿Y por qué no? Si cuando tú y yo empezábamos a hacer teatro, lo que montábamos a montones eran precisamente eso: comedias. Muchas comedias. De todos los tipos. De todos los colores. ¡Todas las habidas y por haber! ¿Olvidas aquello de "los clown que se toman en serio el teatro"?

MANUEL: Eran otros tiempos, Enrique. Por estos días requerimos de otras cosas.

ENRIQUE: (*Irónico.*) ¡Ajá! Y de acuerdo a tu larga trayectoria teatral, según tu vasta experiencia profesional en estos asuntos: ¿qué coño es lo que crees que necesitamos?

MANUEL: Hacer un teatro de altura que invite al espectador a reflexionar, o mejor, que lo obligue a cuestionarse.

ENRIQUE: También a través del humor se reflexiona, Manuel.

MANUEL: Ujum.

ENRIQUE: También a través del humor se puede invitar a la gente a pensar.

MANUEL: Ujum.

ENRIQUE: Por ejemplo, yo estoy seguro de que anoche, después de que cayó el telón y se encendieron las luces de la sala, la mayor parte del público asistente salió cuestionándose sobre el papel histórico de Judas en la pasión de Cristo, y, sobre todo, de la importancia de su rol en los primeros años del cristianismo.

MANUEL: (*Satírico.*) Sí, cómo no. ¿Sabes cuál fue el comentario que me hizo uno de los espectadores que se me acercó en el *foyer*?

ENRIQUE: ¿Cuál?

MANUEL: "Qué imaginación la suya señor, a mí nunca se me hubiera ocurrido poner a uno de los apóstoles a tirarse pedos".

ENRIQUE: ¿En serio te dijo eso?

Ríe.

MANUEL: Te lo juro.

ENRIQUE: Bueno, es que al teatro viene de todo un poco.

MANUEL: Eso me pareció nauseabundo.

ENRIQUE: (*Burlón.*) ¿Qué cosa? ¿Los pedos o el comentario?

MANUEL: ¡Ambas cosas! Es algo tan corriente, tan vulgar, tan... tan... ¡FÁCIL!

ENRIQUE: Sí, claro, porque ahora me vas a decir que tú nunca te tiras un pedito de vez en cuando.

MANUEL: Es distinto.

ENRIQUE: Nada de distinto. Los apóstoles fueron seres humanos como tú y como yo. Con sus fortalezas, sus debilidades, sus contradicciones y sus flatulencias.

MANUEL: Pero hay límites que debemos respetar.

ENRIQUE: ¡No me jodas!

MANUEL: ¿Qué necesidad había de poner a los apóstoles a tirarse pedos, ah?

ENRIQUE: No sé. Me pareció gracioso.

MANUEL: Ahí lo tienes. ¿Te das cuenta? La simplicidad, la frivolidad y el facilismo de los que te hablaba hace un rato.

ENRIQUE: Amigo, te advierto una cosa: si continúas por ese camino no va a ser necesario que te acompañe hasta el aeropuerto.

MANUEL: ¿Ah, no?

ENRIQUE: No.

MANUEL: ¿Y por qué no?

ENRIQUE: Porque voy a ser yo quien de una sola patada por ese culo te ponga de patitas en tu tierra.

MANUEL: ¡Lo ves! Ya comienzas con los insultos y las amenazas. ¿Sabías que la vulgaridad y la violencia son el lenguaje de los que no tiene razón?

Enrique adopta la posición y gestos de un púgil.

ENRIQUE: Okey. Okey. Tú te lo buscaste, amigo. ¡Te voy a partir el alma!

Manuel corre a esconderse detrás del sofá.

MANUEL: No te creo capaz de ponerme una mano encima, Enrique.

Enrique le hace gestos a Manuel, invitándolo a que se le acerque.

ENRIQUE: ¡Vamos! ¡Acércate! Dame la oportunidad. No más deja que te agarre que no va a ser una mano sino las dos las que te voy a poner encima.

Enrique va tras Manuel.

Manuel huye.

Dan una vuelta alrededor del sofá y luego se detienen en los extremos, uno a cada lado.

MANUEL: (Asustado.) Pana, si no ha sido para tanto. Cálmate, por favor. No te vaya a dar un síncope.

ENRIQUE: Si tanto te preocupa mi salud, mi bienestar, quédate tranquilito donde estás, cabrón. No te muevas de ahí.

Enrique va tras Manuel.

Manuel huye.

Otra vuelta al sofá para quedar igual que antes.

MANUEL: (Jadeante.) Coño, Enrique. ¡Ya basta! Paremos, por favor. Estamos demasiado viejos para estas vainas.

ENRIQUE: Estoy de acuerdo contigo. Déjate alcanzar y acabemos con esto de una buena vez.

Enrique va tras Manuel.

Manuel huye.

De pronto, en un intento desesperado, Enrique salta sobre el sofá y cae sobre Manuel.

Ambos ruedan por el suelo pero, inesperadamente, en el forcejeo, Manuel queda sobre Enrique.

MANUEL: (Victorioso.) ¡Ajá! Supongo que en tu plan inicial no estaba este inesperado resultado, ¿verdad?

Otro forcejeo.

Enrique y Manuel ruedan nuevamente por el piso.

Esta vez Enrique queda sobre Manuel.

ENRIQUE: Así está mejor.

MANUEL: (Suplicante.) Nuestra amistad ha pasado por muchas altas y bajas, Enrique, y este no es más que uno de esos negros instantes de baja... ¡Un enorme bache! ¿No es verdad, amigo mío? ¿No es verdad?

ENRIQUE: (Amenazante, con el puño en alto.) Tengo la ligera sensación de que a este instante negro seguirá un período mucho más oscuro y extenso para ti, querido amigo.

Enrique deja caer su puño como piedra sobre el rostro de Manuel, que cierra los ojos para esperar el impacto. Sin embargo, en lugar de golpear la cara de su amigo, Enrique golpea el suelo.

ENRIQUE: (Impotente.) ¡Coño de la madre!

Enrique se aparta a un lado.

Manuel abre primero un ojo y luego el otro, se yergue a medias y se toca la cara sin poderse creer.

Breve silencio.

MANUEL: (Incrédulo y feliz.) ¡No me desbarataste el físico!

ENRIQUE: Claro que no, güevon.

MANUEL: ¿Por qué?

ENRIQUE: No pude.

MANUEL: ¿Por qué?

ENRIQUE: Porque a pesar de todo, aunque no lo creas, todavía te estimo... (*Breve pausa.*) Estos dos días que he compartido contigo, me han servido para darme cuenta de que todavía te aprecio como sólo puede apreciarse a un verdadero amigo.

MANUEL: ¿En serio?

ENRIQUE: (*Tras una pausa; confidente.*) Te confieso que el estreno de la obra ha sido sólo una excusa, un gran montaje, para vengarme de ti.

MANUEL: ¿Ah, sí?

ENRIQUE: Quería hacerte pagar la humillación que me hiciste sentir, veinte años atrás, cuanto te publicaron tu primer libro... ¿Sabías que ayer se cumplían exactamente dos décadas desde que fue bautizado tu primer libro: "El evangelio según Judas y otros relatos"?

MANUEL: (*Boquiabierto.*) No. Para nada. Lo había olvidado por completo.

ENRIQUE: Pues sí, veinte largos años, amigo. Dos décadas, cuatro lustros desde que adoptaste aquel porte de Hemingway caribeño que tanto me dolió a mí y al resto de los miembros del grupo.

MANUEL: (*Sin salir de su asombro.*) No te creo.

ENRIQUE: Nosotros nos sentíamos tan orgullosos de ti, queríamos compartir tu triunfo, tu alegría, sin embargo, tú nos desdeñaste, nos apartaste... Ni siquiera nos invitaste al bautizo de tu libro. Eso me dolió como una puñalada en la espalda... (*Pausa.*) Por eso me prometí a mí mismo que, cuando llegara a tener un poco de éxito, de fama, te haría pagar aquellos aires de grandeza provinciana que se te subieron a la cabeza.

MANUEL: ¿Pero en realidad fui así de insoportable?

ENRIQUE: Ajá.

MANUEL: ¿Tanto como tú en estos días?

ENRIQUE: ¡Uy! Mucho más. No tiene punto de comparación, amigo.

Pausa.

MANUEL: Nunca hubiera imaginado que alguien pudiera guardar tanto rencor durante tanto tiempo por otra persona. Digo, para hacer lo que tú has hecho.

ENRIQUE: Pues ya ves que sí.

MANUEL: (*Estupefacto.*) Entonces... el estreno de anoche... los espectadores... el éxito... ¿Ha sido todo un montaje, un gran teatro, una mentira?

ENRIQUE: Coño, no te pases. Tampoco te creas tan importante.

MANUEL: No te entiendo.

ENRIQUE: El estreno, el público y el éxito son de verdad. La mentiría está detrás de mi falso propósito para traerte.

MANUEL: Sigo sin entender.

ENRIQUE: Eres algo lento, ¿no?

MANUEL: ¡Explícate!

ENRIQUE: Pues que todos estos días sólo he querido molestarte, Manuel; hacerte sentir envidia, coraje, humillación.

MANUEL: Y lo conseguiste.

ENRIQUE: Ya lo sé.

MANUEL: Caray, cómo se ve que te sobra el dinero.

ENRIQUE: ¿Perdón?

MANUEL: Pues para gastarte una fortuna trayéndome aquí, sólo para satisfacer tu ego, tu viejo deseo de revancha, de humillarme.

ENRIQUE: Eso también fue un engaño.

MANUEL: ¿Cómo que engaño? Si tu pagaste el boleto de avión, los impuestos, la comida, los taxis... en fin... ¡TODO!

ENRIQUE: Todo eso lo pagué no con mi plata, sino con TU plata.

MANUEL: ¡¿Con *mi* plata?!

ENRIQUE: Te explico. El productor de la obra es gran amigo mío. Un tipo de negocio, empresario, con mucho dinero y un amor desmedido por el teatro. Hace algún tiempo, en una de las tantas recepciones que celebra a menudo en su casa, me comentó que le gustaría producir una obra de teatro. Una comedia. Original y provocadora. Que si yo me atrevía a adaptar o a escribir una. Al principio no me entusiasmó la idea. Implicaba mucho sacrificio alternar dos oficios tan exigentes como la televisión y el teatro. De modo que le pedí que me lo dejara pensar unos días. Cuando llegué a casa, estuve husmeando en mi biblioteca y tropecé con tu primer libro. Lo cogí y lo hojeé rápidamente. Entonces recordé los viejos tiempos. Primero recordé a los muchachos, cómo nos conocimos, las piezas que montamos, lo bien que la pasamos... Te recordé a ti y luego cómo había terminado todo. Ahí mismo visualicé la posibilidad de regresar al teatro y, a la vez, tomar revancha... Liquidar dos pájaros con el mismo tiro. Ahí mismo lo planeé todo. El resto, aunque no exento de complicaciones, fluyo de manera natural.

MANUEL: Pues te confieso que aún las cosas no me quedan del todo claras.

ENRIQUE: Es que aún hay más. Todavía no termino. A la semana siguiente le llevé tu libro a mi amigo y le dije que adaptaría uno de tus relatos: "El evangelio según Judas". Él lo leyó y le gustó. Le expliqué cómo pensaba adaptarlo y quedó encantado. Y como es un tipo muy correcto, me preguntó que cómo haríamos con los derechos de autor. Yo le dije que no se preocupara por eso, que yo me encargaría del asunto, que hablaría contigo y lo arreglaría todo, que él sólo se preocupara por conseguir el dinero que necesitábamos para el montaje. ¿Entiendes ahora?

MANUEL: Y yo que pensaba que todo estaba saliendo de tu bolsillo.

ENRIQUE: Pues no, amigo. Todo ha salido del bolsillo de él e indirectamente del tuyo. Porque al fin y al cabo los gastos se te descontarán de la parte que te corresponde por los derechos de autor.

MANUEL: Con que así son las cosas.

ENRIQUE: ¡Ah! A excepción de los boletos de avión, puesto que él desde un principio quiso invitarte para el estreno, cosa en la que por supuesto yo estuve de acuerdo. Porque sin ti aquí, ¿qué sentido tenía llevar adelante mi plan?

MANUEL: Eres un gran hijo de puta, ¿sabes? Teniendo todo la plata que tienes, encima le quitas a un pobre diablo como yo lo poco que logra recoger de las sobras que caen de las mesas de otros.

ENRIQUE: ¿Todo la plata que tengo?

MANUEL: ¡Pues claro! Nada más mira a tu alrededor, cómo vives, tu apartamento...

ENRIQUE: (Ríe.) ¡Ah! Sí, sí... Claro... Este apartamento... No es mío.

MANUEL: ¿Cómo?

ENRIQUE: Es de otro buen amigo que ahora está de viaje por Europa. Se lo pedí prestado por un par de semanas.

MANUEL: (Con profundo odio.) Eres un...

ENRIQUE: Te aclaro que a los dialoguistas de segunda como yo, no les pagan muy bien en la tele.

MANUEL: O sea, que al final, ¿estás tan limpio y tan jodido como yo?

ENRIQUE: Ignoro cómo andarán tus finanzas, pero a mí, la verdad, lo que cobro por mi trabajo apenas me alcanza. A ti al menos te deben pagar por derechos de autor. Yo sólo obtengo un pago único por los textos que escribo y ya.

MANUEL: Qué vida tan perra.

ENRIQUE: Tú lo has dicho.

Breve silencio.

MANUEL: A propósito, nunca te voy a perdonar eso de que te hayas gastado mis reales sin mi consentimiento. Supongo que con la mitad del monto que gastaste hubiera podido salir de algunas de mis deudas.

ENRIQUE: Te recuerdo que quien se gastó esos reales fuiste tú.

MANUEL: Sí, coño. Pero yo no sabía que eran míos.

ENRIQUE: No tienes excusas.

MANUEL: De haberlo sabido, quién sabe si hubiera venido. Y de haber venido, sabiéndolo, no te hubiera dejado que comiéramos en todos esos restaurantes caros adonde me llevaste.

ENRIQUE: Tú pediste lo mejor, amigo, y lo mejor te fue concedido.

MANUEL: Claro, pero yo no pensaba que el dinero que estábamos gastando era el mío. Yo pensaba que todo salía de tu bolsillo.

ENRIQUE: Ahí tienes. Eso es para que no les hagas a otros lo que no quieres que te hagan a ti. Espero que hayas aprendido la lección.

MANUEL: *(Resignado.)* Bonita manera de aprender.

Pausa breve.

MANUEL: ¿Y no quedará algo por allí?

ENRIQUE: ¿Cómo?

MANUEL: Algo de plata, digo, por la taquilla. Anoche hubo un lleno total.

ENRIQUE: Tendrías que esperar a que mi amigo cuadre sus cuentas y, desde luego, a que termine la temporada. Mañana pienso entregarle las facturas de tus gastos. Ruega porque no te hayas excedido y

entonces al final seas tú quien tenga que devolverle plata a él.

MANUEL: (*Irónico.*) Gracias por el consuelo.

ENRIQUE: De nada.

Pausa breve.

MANUEL: ¿Y si volviéramos a intentarlo?

ENRIQUE: ¿Qué?

MANUEL: Hacer teatro juntos.

ENRIQUE: ¿Perdón?

MANUEL: Tú y yo... Teatro como en los viejos tiempos. Anoche ya logramos un éxito, ¿no?

ENRIQUE: ¿Logramos?

MANUEL: (*En lo suyo.*) Y la verdad sin ponerle mucho empeño. (*Enrique lo mira de reojo.*) ¿Qué tal si yo, como antes, hubiera intervenido en el texto, en la adaptación de la puesta en escena de "El evangelio según Judas"?

ENRIQUE: (*Sarcástico.*) Habría salido una enrevesada tragedia clásica, "al mejor estilo griego".

MANUEL: Estoy hablando en serio, Enrique. ¿Qué tal si volvemos a escribir juntos?

ENRIQUE: ¿De veras hablas en serio?

MANUEL: Claro.

ENRIQUE: ¿Tú y yo? ¿Como antes?

MANUEL: Otra vez volveríamos a ser "un par de clown que se toman en serio el teatro de cámara". ¿Qué te parece? Con el financiamiento de tu amigo podríamos repetir el éxito de anoche...

ENRIQUE: Pues no suena mal.

MANUEL: Total. Ya estoy aquí. (*Breve pausa.*) Tendrás al menos un cuartito donde alojarme, ¿verdad?

ENRIQUE: Desde luego.

MANUEL: Menos mal.

ENRIQUE: Nada tan lujoso como esto, pero sí un sitio *algo* digno donde puedas acomodarte.

MANUEL: ¿*Algo* digno?

ENRIQUE: (*Burlón.*) Nunca tendré algo *completamente* digno para un Hemingway caribeño.

MANUEL: No me machuques los cojones, cabrón.

ENRIQUE: (*Ríe.*)

MANUEL: (*Entusiasta.*) Entonces, ¿lo intentamos?

Le extiende la mano a Enrique en señal de convenio y amistad.

Enrique se la estrecha enérgicamente.

ENRIQUE: ¡El que diga que no que se le caigan los dientes!

MANUEL: ¡Hecho!

Silencio.

MANUEL: Sólo me queda una duda...

ENRIQUE: ¿Cuál?

MANUEL: En el siguiente estreno...

ENRIQUE: Ujum...

MANUEL: ¿Cuál de nuestros nombres irá justo después del título de la obra: el tuyo o el mío?

Oscuridad.

FIN